

Carlos Garrido Chalén

**LA SOMBRA
DESCUBIERTA**

Cuento

LA SOMBRA DESCUBIERTA

No sabía cómo morir para escapar a las torturas de su triunfo. Y ni siquiera proyectaba sombra, aunque era visible que tenía la necesidad de tenerla, para enfundársela como disfraz de buzo sobre el alma. Vestía igual que yo: el mismo terno azul condenado a la humillación por el sol despiadado de Miami, la misma camisa antigua, a la que el abuso cotidiano había convertido en reliquia respetable. No obstante, yo lo imaginaba con traje de púrpura y tiaras escarlatas, rodeado de trípodes de fuego, salenótrofos y guirnaldas.

Quería ser amo, pero en cascada se venía abajo, y terminaba siendo esclavo. Se había olvidado de morir, y al final ya ni la muerte lo quería.

- ¿Qué es lo que pasa? – le pregunté, intentando crear un ambiente de solidaridad indispensable – por qué esa tristeza insondable. Y era como si las siete puertas de Sodoma se grabaran como flashes de fotógrafo en su frente.

Hablar es crear; la palabra una obra maestra del encantamiento. Y en ese sentido traté de forzarlo a una respuesta.

Sabía que cada mortal ama en esta vida, no lo que quiere sino lo que puede, pero éste, a la legua se veía que no amaba ni lo que quería ni lo que podía.

- Así será la gente aquí – me decía para consolarme.

De pronto advertí que por lo menos veinte personas nos miraban con curiosidad, obstaculizando la entrada de la tienda en la que nos encontrábamos. Reían como en el antro de Trofonio, mientras él parecía sostener con su mudez a gritos, que el silencio es un socio que jamás traiciona.

Cuando yo miraba al gentío, él también les dirigía la mirada; pero al instante, cuando volvía, repetía esa taladrante requisitoria y me observaba buscando su sombra desgarrada.

Yo no era un predicador para estar en esa bulla. El papel de los predicadores – decía Sartre – consiste en tentar a los malos con el bien, y yo no estaba tentando a nadie. El tentado terminaba siendo yo mismo, que era un subversivo que escondí la piedra filosofal bajo sus harapos.

Pero como filosofaba Cervantes, no hay recuerdo que el tiempo no borre ni pena que la muerte no acabe. Así que como dicen que el mundo es excelente, a condición de mirarlo sin reparar en minuciosidades, me dispuse a darle un golpe mortal a su tristeza.

- Por qué no quieres hablar – le dije con fraterna severidad para ayudarlo, y todos mis gestos los imitaba: si levantaba un brazo, también él hacía lo mismo, y si adelantaba el paso, de inmediato acertaba la distancia.

Quién era ese héroe de Ravelays, que como bestia de luctuoso origen, atraía atarantado a la bullanga. Por qué esa suerte suya – decía yo – de sufrir el mechinal solito.

Yo quería razonablemente ayudarlo. Jamás abusar de su tribulación. Sabiduría para obrar y flotar con inteligencia sobre la corriente de su fuerza ciega; pero no sabía cómo debía entenderlo.

Recordé que a veces ser valiente es una forma de ser estúpido. Sin embargo, quién era más estúpido: ese chiribita embriagado de pena que caminaba sin sombra, o yo mismo, que tenía sombra, pero parecía brújula averiada.

Claro, sus desplantes insinuaban un homenaje a mi superioridad moral, pero no podía permitirle que delante de la caterva me desairara de esa forma.

Y como la ignorancia es coterránea de la venganza, y la palabra una ecuación que crea la inteligencia más elevada que hasta los menos preparados sucumben por conmoción y se dejan llevar por sus efectos, furibundo le reclamé:

- Oye, qué es lo que te has creído. Yo sólo quiero ayudarte. ¿Por qué me tratas así?

Y el tipo se transformó en un prosélito del averno.

Todo estaba allí para servir de eventual excusa a un pugilato. Sus gestos repetían los míos insinuándome que no tenía autoridad moral para censurarlo, y sus ojos se abrieron implacables, mientras la chamuchina metía candela y nos azuzaba a un duelo inesperado.

(Como si el broquel de Satanás intentara detener la lanza de Miguel, formando una fuerza que atrae y otra que repele).

Sé que mi reacción debió ser diferente, por que yo tenía sombra y él no; pero la verdad es que no pude evitarlo.

En secreto se puede ser cobarde. No en presencia de testigos. Y como toda acción provoca una reacción, me dispuse a darle una lección, y poniéndome como Eros frente a Anteros, descargué un golpe feroz intentando llegar a su rostro odiosamente transformado.

Dudar era volverme loco, detenerme caer. Y avanzar precipitarme hacia el abismo. Yo preferí el vacío. No me porté como Pontífice de la Naturaleza y no sé si descendí a la idiotez o la locura. Lo destrocé e hice añicos su intolerancia: como el Abel jerárquico que despreció a Caín con su superioridad moral, y el bíblico Caín que para liberarse de su sombra inmortalizó a su hermano, inventando la muerte.

Pero al abatirlo, lo único que hice fue destruir mi otra mitad, a mi propia sombra, porque él sólo era mi imagen reflejada en el espejo de aquel Centro Comercial, al que me prohibieron ingresar por eso para siempre.

FIN

PROHIBIDO PARA CERDOS

Al segundo mes, tenía configurados los huesos, sus nervios y vasos importantes. Al cuarto, su intestino formaba heces y sus pulsaciones cardíacas eran perceptibles, como las de un tambor de guerra a la distancia.

Vivía dentro de una estructura blanda y esponjosa, protegido por un formidable epitelio que tapizaba como una sala de espera su redondo hábitat; y recorría mondo y lirondo esa vastedad, como si caminara sobre las alas del viento.

Era el único habitante de un vasto territorio conquistado: primero como embrión (hasta el segundo mes de una gestación inconsulta) y después como feto. A los treinta días, tenía formados los somitos y esbozaba el corazón, los ojos, el prosencéfalo, el hígado y los riñones.

El mismo tenía la impresión de haber penetrado en un cráter activado donde nadie se aventura, y el amor empujaba sus átomos hacia infinitas precauciones; pero conservando las costumbres errabundas y la índole independiente del animal salvaje.

Como escondido en la madriguera de un topo, en las bodegas húmedas de las buhardillas, se reconocía a sí mismo por las huellas que dejaba. A través de un cordón umbilical de sesenta centímetros de longitud y veinte milímetros de diámetro, recibía entusiasmado las sustancias nutritivas seleccionadas por su madre y un suministro de sangre arterial que afluía hasta la cava superior del hígado por la rama comunicante de la vena porta y la cava inferior por un conducto que los científicos bautizaron como "de Arancio", pero que a él, francamente, le importaba un comino.

No sabía por supuesto que tenía aurículas y ventrículos; que presentaba un "agujero de Botal", un "tubérculo de Lower" y una "gelatina de Whatton", ni quién fue el ocioso que se puso a ponerle apodos a sus partes. Sólo sabía que era un ser afortunado, y se creía un río sin ribera. En su creación en microscópica escala, había sucedido lo mismo que al Planeta Tierra, que por condensación del polvillo cósmico alrededor de un núcleo primitivo y un progresivo enfriamiento consolidó su corteza separándose del agua, aunque en la suya había intervenido el fuego y la exaltación de los ojos más grandes que se pueda encontrar.

Su fecundación fue todo un acontecimiento: los espermatozoos, por quimio tropismo, circundaron con violencia las cuatro mil células de granulosa de una corona radiante, y se adhirieron frenéticos a su membrana pelúcida para atravesarla; pero solamente él logró, sin admitir competidores en su territorio de caza, introducirse entero entre los gruesos bambúes de la más espesa selva virgen, en los bosques y prados de su propia montaña, para encarnar al nuevo individuo en el que se convertiría.

Pero nada es perfecto en este mundo. Nada. Un buen día, cuando dormía plácidamente entre los campizales que flanqueaban sus orillas, fue despertado y le contaron que en las afueras volaban extasiadas las libélulas; que en las cornisas de los tejados y los hilos del tendido telefónico residían en celo las palomas; que el epímaco de pico de hoz exhibía su faja de púrpura a los vientos; que era posible admirar las bandadas de flamencos cuando levantaban vuelo oteando el infinito.

Entonces las aguas de sus cántaros acantonaron en el territorio de la impaciencia. Había una flor de almendro y un pan de la proposición por identificar. Una madera de acacia y las primicias de la siega del trigo. Un mar, un caballo y un

jinete. Y entonces quiso quebrar la vasija de barro en que fue cocida la carne de su sacrificio. Beber las aguas de la lluvia del cielo con su propio esfuerzo. Y como llovizna sobre la grama, la posibilidad de conocer un nuevo mundo se convirtió en gotera continua.

Y aunque no entendía nada, comenzó a atisbar por las celosías y descendió al huerto de los nogales, buscando la fuente y la cisterna, el campamento de un Dios que vengaba agravios y adiestraba para la batalla, que humeaba de ira como trueno violento, pero que tenía, sin embargo, la dulzura sin par del calicanto.

Quería tener aptitud para la andadura suelta y el trote amplio. Se veía en las faldas del volcán compitiendo en fuego lento con la lava. Con la velocidad del lebre y el olfato prodigioso del pastor y el perdiguero. Emitiendo un quejumbroso murmullo entre la tundra.

Y en su sueño empezó a pensar en nuevas posibilidades. Ya no le parecía seguro ni interesante el amarillento espacio en que vivía. Frecuentemente encontraba reducidos sus límites, y esa tendencia a la soledad lo deprimía.

Lo tenía todo, y sin embargo, le parecía que no tenía nada. Así que resuelto decidió un día pedir permiso para conocer esos otros lugares, sin reparar en su inexperiencia.

Era audaz, es obvio, pero su audacia no entendía que afuera alguien le disputaba a perros y gatos su pitanza. Que había terrenos de aluvión y días de angustia en los hogares. Que le esperaba azote para sus costados y espinas para sus ojos.

No sabía que debajo de la olla hay un estrépito. No sabía nada. Habían transcurrido doscientos sesenta días, y en el sueño vio que su madre entendió entonces que no había posibilidad para negarse a que su hijo diera el salto definitivo; que salte del nido con plena seguridad y tras un corto planeo se ponga sobre la copa del árbol bendecido.

Un arribo normal suele tener lugar aproximadamente en ese tiempo: se reduce y dilata el cuello uterino provocando la salida del líquido amniótico, mientras contracciones voluntarias e involuntarias de la musculatura abdominal de la parturienta provocan la expulsión del feto y sus anexos. Pero éste, por el apuro del inquilino, no parecía normal y la experiencia fue desconcertante.

Del marco ecológico único en que vivía, a la atmósfera gaseosa y turbulenta del exterior, había evidentemente una gran distancia. Era obvio que todo, absolutamente todo, le tenía que resultar muy cruel y diferente. Incluso esa costumbre absurda de recibir al recién llegado con un golpe doloroso en el trasero.

Y aunque descendió como la lluvia sobre la hierba cortada, descubrió que, de entrada, éste era un mundo mórbido y brutal que tenía que enfrentar sin concesiones. Pero su ánimo aventurero pudo más que esa terrible constatación. Repuesto de la embestida inicial, pensó para sí: bueno, y dónde está la tan cantada solidaridad de las calandrias; dónde la sociabilidad de las libélulas; en qué recodo moran con su hambre de tiempo los pinzones?.

Era un viajero sin pasaje comprado ni equipaje y de repente ya no podía desenvolverse con la maestría que gozaba en su anterior espacio, y nadie le respondió. Nadie quiso responderle. Nadie. Se enteró de la existencia de la frontera del odio, el palacio de la soberbia, el territorio de la ambición, la caverna de los fantasmas, el ojo oscuro de la

nada y el muro del abismo, desde cuyos resplandores se tejían las maldades de este mundo.

No le fue difícil darse cuenta que había sido vilmente engañado: la Tierra ya no era gobernada por el Dios de sus progenitores, ni existía el amor inmortal, de sus pregones. Gobernaba esa malvada entidad invisible llamada diablo, y precisamente por la influencia de los gobernadores de las tinieblas, pueblos enteros se enfrentaban a guerras fratricidas. Conductas desviadas, marginaciones, frustraciones, conflictos generacionales y una desintegración social paulatina rodeaban al hombre, el peor dotado de la creación para sobrevivir en un medio hostil como la naturaleza.

No había espacio para la alegría, ni posibilidad para superar la grandeza de ese otro mundo en que vivía. Y hasta la órbita de los planetas había sido tergiversada por la churriente porquería del infierno.

En su hábitat anterior ciertos intérpretes le habían contado que existían unas líneas que eran la huella en la Tierra de una red denominada conciencia crística, con 62 vórtices principales alrededor del mundo con sus respectivos

sitios de poder, el primero de los cuales estaba ubicado estratégicamente sobre la desembocadura del Nilo, las pirámides de Guiza, Heliópolis en Egipto y el templo de Herodes en Jerusalén; y el otro en el famoso Triángulo de las Bermudas, y vio que el universo era víctima de la denominada anomalía de la Oscuridad, en la que las partículas subatómicas básicas que transmiten información no hay fotones sino taquiones que poseen una velocidad casi infinita, desde cuya membrana se transmiten señales sutiles del universo liberado en forma fotónica que los ojos humanos y los instrumentos científicos no pueden percibir.

Y le dijeron también que hay muchas membranas energéticas alrededor de la Tierra que demarcan áreas de diferentes etapas de purificación; que la primera está a 14.000 millas por encima de la superficie de la Tierra justo dentro de la órbita lunar y demarca el límite entre el espacio interplanetario del sistema solar y el espacio sublunar cercano a la Tierra; que a 137 millas de altitud hay una membrana que demarca un límite entre el espacio cósmico sublunar y la atmósfera superior de la Tierra, que es el punto más bajo de las órbitas para casi todos los satélites artificiales; y que la última membrana es de 8,6 millas por encima de la superficie

que está determinada con la máxima altitud de los vuelos de aviones comerciales.

Por eso ahora todo olía a hiel y a ajeno. A noche y a zozobra. Todo era como el mar en tempestad: sus aguas arrojaban cieno y no podía estarse quieto. Se dio cuenta que lo habían hecho ir por el abismo como por un desierto, y horrorizado quiso regresar a su anterior hábitat, pero no pudo: la puerta de entrada por la que había sido conducido a ésta dimensión, se había cerrado. Y fue cubierto de confusión como por manto. Y entonces titubeó como ebrio y derramó en tiempo de paz, sangre de guerra, y puso sangre de guerra en el talabarte que tenía sobre sus lomos. Y prorrumpió en un llanto sin consuelo.

FIN

EL DISFRAZ DEL DIABLO

De qué color era la noche, no me acuerdo. Pero no estaba en el anochecer de Walpurgis, en la Fiesta de Santa Walburga, o en el pagano y absurdo aquelarre de Halloween, rindiéndole culto a Samhai, en el Día de Todos los Santos.

No había brujas ni diablos presuntos, y el candelabro, prendido de luciérnagas y nenúfares, palpitaba reclamando un entendido. No merodeaba los alrededores el necio Ahriman devastando, con su fango de chiquero, las tinieblas. Y tampoco estaba el pitón, la tarasca, el dragón de infernales teogonías.

No era la noche de Yemanjá, la diosa falsa de mares, celadora del panteón yoruba, que los esclavos negros, habrán traído de sus tierras de origen. No se escuchaba los tambores, y los paroxismos inútiles de los brujos siniestros de Copacabana, al pie del Saravá; y felizmente no estaba la Tisífona, la Megara o la Alecton, las mitológicas Erinia o Furias infernales, que en la Grecia antigua "se encargaban" que las maldiciones se cumplieran. Pero en lo más recóndito de mi ser, en la cándara del tambor, que redoblaba encubierto en mi corazón, temía haber arribado a lugar equivocado.

Cuando llegué a casa de Víctor Humberto Gonzáles Unares, considerado el clarividente más grande y poderoso del Continente, 57 kilómetros al norte de Trujillo, alguien me contó que dos semanas antes había asegurado sin conocerme, que yo llegaría.

Apenas llegué nos movilizamos hacia un lugar ubicado a 10 kilómetros de Casa Grande, por un caminito de cañaverales, que penan de insomnio y de sequía.

Mi primera impresión fue la de haber llegado a una de esas típicas casas encantadas de los cuentos mundanos, preñada de gnomos, follets, silfos, kobolds, trasgos, salamandras y lutines, y era imposible mirar el escenario sin la morbidez de gato lechero preparado para la fuga.

Alguien había improvisado fogón con leña, sobre el que hervía un poderoso caldo de gallina para los "pacientes" y unos decolados muebles (corno los del tango) hablaban, a su manera, de sucesivas campañas 'transcurridas.

Pase - me dijo; y de repente, parecía ser un indio mataco entre espíritus anónimos, emboscado en mi propio abordaje, en mi barrunto. Sitiado en trinchera de eremita, y metido en donde nadie me había invitado.

El no parecía ser el funesto personaje de Alejandro Dumas que en su Montecristo practicaba la magia envenenadora, ni se movía como la Locusta romana protegida de Nerón, que causara la muerte de Claudio y de Británico.

De repente el hombre me sacó de mis cavilaciones, cuando dirigiéndose a mi, afirmó: - Interesante su libro sobre César Vallejo. Muy interesante. Usted plantea una tesis distinta a nivel mundial. Celebro que haya venido. Usted ya ha ganado dos Premios Internacionales como autor de canciones, publicado numerosos libros, y acaba de terminar un poemario con el que ganará un Premio Nacional, que se sumará a muchos Premios Nacionales e Internacionales, y grandes distinciones que ganará en su vida. Sus libros estarán en las más grandes bibliotecas del mundo.

Esa afirmación, provocadora como estruendo de caballos desatados, se acoderó descomunal, en mis empeños de tanteador de la noche, hasta sorprenderme.

En aquel entonces, estaba planificando publicar, mi Ensayo titulado Itinerario del Amor en Vallejo, Pero lo mantenía en secreto. Había sacado a la luz mis libros: Informes y Contiendas (1969), Llamado a la Llamada (1970), En Pie de Guerra (1973), La palabra Secreta (1977), El Regreso a la Tierra Prometida (1986). En 1976 Y 1977

resulté ganador del Segundo y Primer Premio, respectivamente, del Festival Internacional de la Canción de Trujillo, como autor de las baladas Canción para Magdalena y Azucena Cantarina, respectivamente; y metomentodo, bullebulle, estaba corrigiendo para presentar a un concurso mi poemario El Sol nunca se pone en mis dominios, que recién edité en 1993. En julio de 1991, llegué a publicar el referido ensayo, y en marzo de 1992, como lo había profetizado Víctor Humberto gané el Primer Premio de la Primera Bienal Nacional de Poesía, Casa del Poeta Peruano, con El sol nunca se pone en mis dominios.

Usted -anotó, sacándome de mi buró de entrometido- es el primero de una familia de diez hermanos. Tiene un Padre muy recto, y una Madre que en verdad es una santa. Por ella, ha heredado un corazón de oro que en mis 45 años jamás habla visto. Ud. ayuda a mucha gente, y es amigo de esos que ya no hay, aunque no espera que lo reconozcan.

Hasta allí, yo no quería caer en la pazguatería. No había tenido la oportunidad de escuchar idioma tan particular, y nadie me había hablado tantas cosas que, aunque no quisiera mi humildad, las reconocía mi exaltación de hombre. Como leyendo de paporreta en mi alma la historia de mi vida.

Por eso, esa, fue noche de pastaflora. La sangre de horchata de Víctor Humberto, matizó la madrugada y apretó las clavijas de las tinieblas indecentes. Y allí nomás, parálíticos caminaron sin tretas y sin ardides. Sordos tomaron su montera, y en la claraboya del sonido, renunciaron al silencio sepulcral que tapiaba sus oídos. Esposos ganados por la discordia, fueron restaurados. Y yo, que me mantenía a un costado de la batahola, sentí como periodista, que valla la pena hurgar más allá de su presencia de ánimo.

¿Qué hacer entonces? Disfrazarme de ofidio no podía. Nunca jamás tuve la vocación de la culebra. La respuesta no la encontré en los calendarios mágicos de Tycho Brahé y Duchateau, sino en la investigación de esa vida prodigiosa.

Terminé confirmando que el diablo también se disfraza de Ángel de luz para sorprendemos.

FIN

ENTRE NAIPES Y PAÑUELOS DE COLORES

Tenía 24 años y luego de sostener relaciones con un hombre dos años menor en la localidad tumbesina de Pechichal, hizo lo increíble: guardó en un pomo de vidrio los residuos seminales que las circunstancias le permitieron, y los llevó, como “marca”, a un conocido brujo natural de Las Huaringas, promocionado por la radio, para hacerle un “trabajo de brujería”, a fin de que su amante se rindiera a sus pies.

A la semana nomás de haberse prestado a tan asqueroso procedimiento, la víctima se enamoró perdidamente de ella. Se quedaba mirándola, anonadado, como un estúpido – o sea como en verdad era – cuando días antes solamente deseaba poseerla, y hasta se daba el lujo de despreciarla. No quería ni ir a trabajar por estar con ella. La había conocido haciendo un trámite en la sede del Gobierno Regional de Tumbes, en donde trabajaba. Y tal como ella anhelaba, el hombre no tenía ojos para otra mujer, a pesar de que tenía fama de mujeriego.

Algo me está pasando – decía él mismo – sin entender por qué ahora, despreciaba a las mujeres de su entorno, y sólo pensaba de un momento a otro en una sola.

Con el transcurrir de los días, le entraron unos celos destructivos y una extraña depresión merodeó por su cerebro asaz enamorado.

- Qué sería de mí sin ella -, pensaba para sí en la soledad de su cuarto, en un Hotel al que el dueño le había recomendado que de vez en cuando administrara.

Una noche, ante esa desesperación que le producía la posibilidad de perderla, se puso averiguar quién podía darle las seguridades que necesitaba. Fue allí que le aconsejaron que busque al mismo brujo que su amada buscara para someterlo, a fin de que le preparara un "huayanche" o "filtro de amor". Y se dirigió a verlo.

Lo curioso fue, que esa misma noche, la mujer, pensando que los efectos del "trabajo" realizado podrían terminar, repitió el ritual. Sin que el otro lo notara volvió a guardar en un pomo los residuos de semen que extraía de sus partes, luego del encuentro íntimo, y los llevó nuevamente al brujo.

En la oscuridad de esa noche tenebrosa y brutal, de demonios ululantes y soplada con agua de kananga, ambos sorprendidos se encontraron y descubrieron conspirando que no valían nada; que habían cumplido un ritual demoníaco. Y entre naipes y pañuelos de colores, como los de la canción, se rompió el hechizo, y el amor se convirtió en derrota.

Él la odió y ella también. Y el brujo - que era más un vendedor, como muchos, de cebo de culebra - no supo cómo explicar lo que pasaba, ni adivinar lo que le acontecería.

El muchacho lo cogió del cuello, lo levantó por lo aires, lanzó con violencia contra el suelo y lo dejó medio muerto.

Las mujeres que habían asistido a la "mesada" gritaban espantadas, y ni los ayudantes del malero atinaban a hacer nada, enmudecidos. Y allí mismo cayeron las caretas, las del brujo y de los embrujados que apestaban a infierno. Y esos jóvenes descubrieron, mientras el viento resoplaba aires de decepción y de misterio, que ese era un mundo sórdido y vano, mentiroso, demoníaco y vil. Y que el amor no podía ser burlado.

FIN

CONTENIDO

LA SOMBRA DESCUBIERTA.....	2
PROHIBIDO PARA CERDOS.....	8
EL DISFRAZ DEL DIABLO.....	18
ENTRE NAIPES Y PAÑUELOS DE COLORES.....	24